

El criminal siempre gana.

Me contemplo a mí mismo con el tiempo del través, como en una mala mar, cuando la ola salta por el costado y la embarcación se zarandea como una nuez a merced del temporal.

Yo, que tan sólo mantenía el pensamiento recluido en mí mismo, recreado en los hábitos adquiridos tras años de prácticas inalteradas. Nihilista no practicante. Fetichista oculto. Individualista sin relaciones. Sin apenas contactos con el sexo ajeno. Ahora, así postrado con todo el tiempo para la confusión de la mente, soy plenamente consciente del devenir dialéctico del ser en sí mismo. Consciencia de sí.

Tras Tania, mi amada compañera de destierro, todo ha cambiado en mí. Sólo un año me parece una vida vivida. Una vida asombrosa, impensada, que me mantiene atónito. Sorprendido.

De un pensamiento adquirido por la lectura desde niño, con mi abuelo como único mentor. Siempre lecturas reposadas, que me impulsaron al criterio de la razón a un de repente encaminar mis pasos a un oficio en principio detestable, como criminal, pero estructuradamente nihilista. Violento, destructivo.

Tania me llevó, me enseñó. Disuadió toda mi razón para darme una nueva. Una concepción del nihilismo que todavía bulle en mi cabeza.

Es lo único que me funciona. Maniatado en una cama de hospital, privado de movimiento alguno, pienso.

Repaso cada momento de este año. Como una vida entera.

Me repito, como una oración aprendida, sin entendimiento, el diálogo de *Padres e Hijos*, el libro del nihilista Turgéniev:

Nosotros no reconocemos autoridades, actuamos en virtud de aquello que reconocemos útil. En los tiempos actuales, lo más útil de todo es negar... y nosotros negamos. Todo. Todo. Cómo. No sólo el arte, la poesía, sino también... Todo. Lo negáis todo, o, mejor dicho: lo destruís todo... Pero luego es necesario construir. Eso ya no es cosa nuestra.

Nosotros destruimos, no construimos.

Eso ya no es cosa nuestra. Esa ha sido nuestra inhibición, la de Tania y la mía. Hemos destruido a conciencia, con toda la razón de nuestra parte, pero no ha sido suficiente. Sencillamente, han acabado con nosotros. Los destruidos hemos sido nosotros.

El nihilista Bakunin formuló la destrucción, estuvo en ella en Rusia. No obstante, formuló una salida constructiva. Destruir para luego construir.

Marx también, sin ser nihilista activo, que sí lo era de pensamiento, también formuló, sentado en su sillón, la destrucción para construir nada menos que la dictadura del proletariado.

Hace doscientos años.

Ahora suena como a cómic de Marvel. Los superhéroes, primero enfrentados para formar después la Liga de los Fantásticos.

Ni proletariado ni clases. La sociedad está sucia. La humanidad es convertida en siervos detestables, con taras que arrastra miles de años.

Cuando los hebreos salieron de la esclavitud en Egipto guiados por Moshé, llevaban plata y oro que habían recibido de los egipcios. El Supremo y Moshé, de manera ladina, habían ordenado a los israelitas que pidieran a vecinos y amigos egipcios que les prestaran oro y plata, a sabiendas de que iban a partir.

Tras vagar por el desierto llegaron al monte sagrado del Sinaí.

Al subir Moshé al Monte Sinaí para recibir los Diez Mandamientos dejó solos a los israelitas durante cuarenta días y cuarenta noches (*Éxodo* 24:12-18). Aunque fueron liberados de la esclavitud en Egipto por el Supremo, y teóricamente sabían acerca de sus preceptos a través de Moshé, desobedecieron: Temiendo que Moshé no regresara muchos de los acampados al pie del Sinaí exigieron a Aarón, hermano de Moshé y Sumo Sacerdote, hacerles "dioses" a los que pudiesen ellos seguir (*Éxodo* 32:1).

Aarón reunió entonces los aros de oro de los israelitas, construyó un becerro con el oro fundido y "ellos", que exigieron "dioses", declararon: "Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto" (*Éxodo* 32:4). La pluralidad de dioses invocados tomó, sin embargo, la forma sola de un único becerro de oro; se trataba, por consiguiente, de una pluralidad de dioses concentrada en una unidad idolátrica.

Habló El Supremo todas estas palabras: Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre. No tendrás otros dioses delante de mí. No te harás ídolo, ni semejanza alguna de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No los adorarás ni los servirás; porque yo, el Señor tu Dios, soy Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen y nuestro

misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos.

El Supremo dijo a Moshé: "Así dirás a los hijos de Israel: No os hagáis dioses de plata ni dioses de oro para ponerlos junto a mí" (*Éxodo 20:1-6, 22*).

Aarón construyó un altar delante del becerro y proclamó el día siguiente como un día festivo dedicado al Señor. Por ello, el pueblo se levantó temprano al día siguiente y presentó ofrendas, comió y bebió, así como también se ocupó de regocijarse (*Éxodo 32:6*). El Supremo previno a Moshé que los israelitas habían abandonado rápidamente el sendero por él indicado y que iba a destruirlos, mas iniciaría una gran nación sólo a partir de Moshé. A raíz de ello, el profeta suplicó a El Supremo que los perdonase, sólo entonces El Supremo desistió de hacer el daño que él dijo que haría a su pueblo. (*Éxodo 32:11-14*).

Moshé bajó del monte, pero al oír el jolgorio y percibir el becerro de oro se enfureció y, sin poder contenerse, arrojó las dos Tablas del Testimonio (es decir, las tablas de piedra con el Decálogo), rompiéndolas.

Seguidamente, incineró el ídolo bovino, lo molió hasta hacerlo polvo, echó sus cenizas en agua y forzó a los israelitas a beber el polvo en agua. Arrepentido, Aarón admitió haber agrupado el oro y haberlo fundido luego, mas sólo pudo llegar a decir que de ello "salió" un becerro.

Acto seguido, Moshé se paró delante del acceso al campamento y dijo: "Quien esté del lado de El Supremo, que venga conmigo." Y todos los hijos de Leví se agruparon junto a él. Moshé entonces les dijo: "Así dijo El Supremo: Póngase cada uno la espada sobre el muslo, y pasad y repasad por el campamento de puerta en puerta, y matad cada uno a su hermano y a su amigo y a su vecino." Y los hijos de Leví hicieron conforme a la palabra de Moshé; y

cayeron ese día tres mil hombres del pueblo (*Éxodo* 32:26-28).

Posteriormente, Moshé volvió a subir varios días al monte y volvió con dos tablas de piedra idénticas a las primeras y en ellas estaban grabadas las prescripciones emanadas de El Supremo...

Cuando el Gran Superhéroe, El Supremo, le dio a su discípulo Moshé las Tablas de la Ley fue para perjuicio de la humanidad a la que logró poner a sus pies. Humillarlos y dominarlos con verdadera saña.

Los convirtió en sus siervos para siempre. Por los siglos de los siglos, mediante el exterminio, la matanza, la venganza, la dictadura sobre quienes no admitieran sus preceptos y pensamiento.

Razono. No puedo hacer otra cosa, carezco de movimiento físico. Las Leyes, las Constituciones, los Estados, los Códigos Penales, los Parlamentos. Cualquier estamento del Estado de cualquier país responde a las tablas de Moshé.

Sin destruir estas, la humanidad camina hacia su extinción. Unas putas tablas de piedra.

Destruir. Escombrar. Luego, en el caos reinante, como en todo Kaos, la humanidad se organizará de nuevo por sí misma. Como en tantas ocasiones pasadas: Neandertales, Mayas, Incas, Íberos, Griegos, Cartagineses, Romanos, Musulmanes... Tantas civilizaciones grandiosas presas del Kaos derivaron en otras nuevas.

Nosotros mismos somos el resultado pasajero de este Kaos que es la humanidad.

Primer Mandamiento.

«Yo, el Señor, soy tu Dios, que te ha sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de mí. No te harás escultura ni imagen alguna, ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto»

Me encontraba en una clínica particular en una habitación luminosa y solitaria., ya que por mi condición de funcionario del Estado estoy afiliado a una mutua.

Iba recordando, levemente y despacio, cómo había llegado hasta aquí.

Recuerdo, entre imágenes nebulosas, la moto mientras la aparcaba, aún sin el caballete abierto. Un brutal empujón me tiró hacia adelante y la moto, una Tmax, me cayó encima. Sentí un intenso dolor en la espalda y claramente un disparo me dio en la pierna y otro atravesó el depósito sin consecuencias, ya que estaba vacío. El disparo siguiente dio en la cabeza de un vecino que pasó en ese momento interponiéndose ante el francotirador. Su furgoneta se estrelló contra la casa desde la cual disparaban. Oí las sirenas de la policía y ya no recuerdo nada más.

Me desperté en una habitación de hospital maniatado a la cama. Unos días, no sé cuántos, y luego un traslado en ambulancia a esta habitación.

No tenía apenas visión sobre mí mismo tal como estaba retenido en decúbito prono. De espaldas sobre la

cama. Debajo de la cabeza un aro grueso y blando me obligaba a volver esta hacia la izquierda. Contemplaba la imagen de una virgen en un cuadro sobre la blanca pared. Notaba debajo del cuerpo determinadas formas duras que me adaptaban el tronco superior, la pelvis y las pantorrillas. Notaba un pañal higiénico sucio y mojado sobre el vientre. La cintura, las muñecas y los tobillos los notaba sujetos mediante gruesos cinturones que me impedían cualquier movimiento. Estaba solo en la habitación.

Traté de hablar. Podía con un leve susurro. Comencé una conversación conmigo mismo. Conforme hablaba el susurro era más limpio y comprensible. Cómo me han podido localizar. Un cabo suelto. Cuál. Sólo Tania sabía mi dirección y estaba muerta. Recibí por email la página de sucesos del *Hamburger Morgen Post* con su foto sobre el canal cercano al puerto, ahogada y desnuda. Era ella con seguridad. Reconocí de inmediato sus tatuajes. Desconocida. Pedía el diario si alguien podía reconocerla. Cómo me habían encontrado el correo. Nadie, en absoluto, lo sabía. Sí, me dije, lo sabía la Guêpe. Era un correo de su dominio ruso. Cómo era posible que mis dos mujeres, las más amadas, con las que había compartido la vida criminal, me hubieran podido traicionar.

Mi cabeza estaba en bucle en torno a estas preguntas. No escapaba.

Entraron en la habitación varias personas, las oía hablar de manera muy débil. Mis oídos estaban taponados, sometidos a una inmensa presión.

Se situaron frente a mí, en el lado izquierdo de la cama. Los podía ver con sus batas blancas. Eran tres, dos enfermeros corpulentos y una mujer de mediana edad. Ella llevaba un objeto rojo que desplegó dando forma a una delgada tabla. Mientras, noté cómo me quitaban el pañal y

alguien me limpió el culo y el vientre. Me colocó un nuevo pañal. A una voz, ~~entre todos~~ me inclinaron entre todos hacia mi izquierda y la enfermera me introdujo la tabla debajo del cuerpo, ~~a~~ con un imperativo ¡Tabla de transferencia! Quitaron las piezas sobre las que apoyaba el cuerpo y me acomodaron sobre la cama en decúbito supino. De frente, con el aro colocado ahora en el lado derecho de mi cara. No moví siquiera un solo músculo.

Ahora mi vista era la de una ventana que ocupaba todo el frontal de la habitación y en la que podía observar otra ala del edificio, también con habitaciones. Un hospital.

Estaba mejor así. Más cómodo. En el antebrazo derecho llevaba una vía con dos goteros. Una bolsa grande con un fluido denso de color marrón claro y otra bolsa pequeña transparente.

Un enfermero, corpulento, de aspecto latino, también de una cierta edad, con leves entradas en su pelo negro y muy rizado, oscuro de piel, manipulaba las llaves de los goteros.

Con un susurro reclamé su atención. Él acercó su oído a mi boca para escucharme. Qué son los goteros. La bolsa grande es tu comida, una nutrición parental total, NPT. Lleva los nutrientes necesarios para tu alimentación. El otro es un analgésico opiáceo, para calmar el dolor, cloruro mórfico, morfina.

Su acento no dejaba lugar a dudas: era latino. Se llamaba Jonay. Extraño.

Se sentó en la butaca y me hizo compañía un buen rato. Preguntas típicas. No tiene parientes. Le busco una compañía de cuidados. Trate de no moverse.

No puedo, una faja ancha y prieta me sujeta el abdomen a la que también van atadas las muñecas. Otra los tobillos. Un aro en la cabeza. Es así. No sabe usted si

tengo algún tratamiento. Es este, inmovilidad absoluta. Por cuánto tiempo. No lo sé.

Habló de temas triviales que apenas escuchaba ni entendía. Mi cabeza seguía en bucle sobre lo mismo: cabos sueltos. Cuáles.

Tuve sueños, muy claros al despertar. Pensé en el efecto mórfico. Estaba en la Delegación de Hacienda, en mi puesto en el mostrador. Pero no era la Delegación. Era más grande, como un centro de llamadas gigantesco. Multitud de células separadas por una pequeña mampara. Cientos de personas gesticulaban con los auriculares puestos. Pero yo estaba en mi mostrador. Ante mí la usuaria grasienta, desnuda de cintura para arriba, con sus gigantescos pechos al aire, sin su areola que yo había cercenado en su portal. La herida negra y purulenta segregaba un chorro de pus y ella, airada, tiró el monitor del ordenador sobre mí. Gritó, es él, es él. Tal como sucedió en la realidad. Esta deformada por los sueños.

Al despertar vinieron para hacerme de nuevo la maniobra del decúbito supino al prono. Me limpiaron y de nuevo la maniobra. Me cambiaron los goteros y quedé en soledad, inmóvil mirando la ventana.

Por la tarde vino Jonay. Se sentó en el sillón cerca de mi oído. Creo que usted y yo tenemos algo en común.

He visto su verdadero TAC, oculto. Le han dado el cambiazco por otro. En este se ve claramente la bala de gran calibre que tiene usted clavada en su espina dorsal. Es esto cierto. Sí, es verdad. Me dispararon en la puerta de mi casa. Un francotirador desde la casa de enfrente. Y tú, Jonay, por qué dices que tenemos algo en común. Yo era médico en el Hospital Universitario Nuestra Señora de Candelaria, durante casi quince años. Tuve problemas judiciales y me condenaron al final del recorrido judicial a diez años de prisión. Soy de Tenerife, estudié allí medicina, y me tuve que marchar para no entrar en prisión. Yo no le

pregunto sus motivos y, por tanto, tampoco le cuento los míos.

Si es médico, dígame que tengo. Tiene una bala alojada entre las vértebras lumbares L1 y L2 rozando la médula espinal. Si esta se corta, quedará parapléjico con una inmovilidad total de nivel A. Lesión completa. Y cuál es el tratamiento adecuado. Este que tiene. Inmovilidad absoluta. Puedo operarme, quitarme la bala. La operación es un riesgo muy previsible. En España imposible y menos en la sanidad privada. Y en el New York Presbyterian Hospital. Allí será operado seguro. Es el mejor de columna. Pero cuesta mucho dinero. Sólo el traslado... ya te digo. Luego ... Es el hospital más caro del mundo. Tiene usted ese dinero. Lo tengo.

Entró en la habitación la enfermera de mediana edad y Jonay se ocupó de los goteros con disimulo.

Que tenga buena noche me deseó al marchar.

Jonay volvió a mi habitación dos días más tarde. Se volvió a sentar en el sillón de las visitas. Usted me dijo que tenía el dinero. Así es. Cuánto. Lo suficiente y bastante más. Yo necesito dinero, tal como doscientos mil euros, si usted me los proporciona yo me pondré a su servicio. ¿Estás seguro Jonay? Mira que tengo dos problemas muy graves. Uno, estoy inmovilizado y sin medios para el acceso a mi dinero. Dos, estoy en el punto de mira de una organización criminal muy importante. Lo he estado pensando y estoy convencido de que no quisieron matarme. No les valgo de nada muerto. Quieren el dinero que les quité. Mucho dinero. Y me quieren, así como estoy. Estoy convencido de que vendrán a por mí.

Usted ha hablado. Ahora deje que le cuente mis motivos para ponerme a su servicio si me asegura ese pago. La acusación no importa. Gasté mi dinero en mi defensa, pleito tras pleito hasta llegar al Tribunal Superior

de Justicia de Canarias. Después de tres años cesado de mi empleo el Tribunal me condenó. Tuve que hipotecar mi casa y después la de mi madre para hacer frente a mi defensa. Lo perdí todo. Me embargaron el piso y ahora están a punto de echar a mi madre a la calle. Tengo mi mujer en paro y dos hijos a punto de terminar el instituto. Haré lo que sea necesario.

Yo le daré ese dinero y lo que necesite. Si entra a mi servicio le exigiré una fidelidad y silencio absolutos. Le pagaré una mensualidad de cinco mil euros. Me haré cargo de todo lo que necesite su familia. ¿Estás de acuerdo?

Seguro absoluto. Cuente usted conmigo para lo que le haga falta desde ya mismo.

Me puse en marcha. Desapareció el bucle agobiante y comencé a pensar en la escapada. La fuga.

En mi casa, en el pareado del costado sin reformar, en el patinillo posterior, en el cuarto de la lavadora, en la lavadora, en su tambor, hay un doble fondo. Tan solo tenía que empujar y este se abriría dejando al descubierto un teclado. Si pulsaba la combinación correcta entraría en una caja fuerte donde guardaba medio millón en billetes de quinientos, más tres documentaciones completas con sus tarjetas de crédito correspondientes. Una buena parte de mi dinero a su alcance. Pero tenía que fiarme de él. Podía perder el efectivo. El resto no le iba a servir de nada.

Tuvo que pasar por delante de mi casa. Tuvo que contar las casas desde la esquina. Pareados con un pequeño jardín en la entrada, un pasillo y un patio trasero. El octavo a la derecha de la calle. Pasó de largo y continuó hasta el final de la calle.

Tuvo que volver por la noche, casi de madrugada, a la calle trasera. Contar ocho puertas, saltar la valla con

cuidado y entrar saltando por el patio a la mía. No había peligro si no hacía ningún ruido. En la casa habitaba una pareja de ancianos con un pequeño perrito que dormía con ellos.

Lo hizo muy bien. Cogió su parte. Compró los dos Smartphone que le indiqué y también, con uno de mis carnés falsos, en lugares distintos, dos tarjetas de prepago con doscientos euros de saldo cada una. Uno para él y otro para mí.

Empezábamos bien.

Jonay buscó un acompañante para mí. En realidad, un segurata contratado a turnos. Me lo recomendó y lo buscó el mismo al haber sospechado de una enferma sin enfermedad, acompañada, también por turnos, de dos individuos sospechosos y situada en el mismo pasillo, alejada unas habitaciones.

Hizo con disimulo unas fotos de los dos tipos con el móvil y yo le mandé a buscar al Jeta al Planet de Ruzafa.

Tenía que salir de allí de inmediato si estos eran los dos policías que rondaron por la Fuensanta preguntando por la María de Los Ángeles Heredia Heredia, la hermana de Tania a cuyo nombre teníamos puesto todo el negocio de Bolivia. Y ella se hacía pasar por Ángeles, la Bolas. Si era así, era un cabo suelto.

Cómo habían dado conmigo. Otra vez en bucle.

Era fácil dar conmigo. Estaba en el hospital con mi verdadero nombre. Mi casa, donde sufrí el atentado, a mi nombre. Era seguir una pista fácil. Un cabo suelto por mi parte.

Ya había pensado el contacto con el Jeta, dando vueltas a la fuga. Este era el único que podía resolver los papeles falsos y ahora mismo tendría que alquilar un bajo

en traspaso comercial para ocultarme. El bucle se iba deshaciendo conforme encontraba soluciones inmediatas.

Le había dado a Jonay la foto de Tania, la Cortá como la conocían en La Fuensanta, para que el Jeta se diera cuenta del peligro que acechaba. Que era urgente salir por piernas de este hospital y preparar la huida a los EE. UU.

El Jeta le confirmó a Jonay que esos eran los mismos maderos que rondaron por la Fuensanta buscando confundidos a la Bolas, la hermana de Tania.

Una idea me rondaba. Lo tendría que hablar con Jonay.

Vamos a hacernos puertorriqueños, boricuas se llaman ellos mismos. Entran en EE. UU. con su propio pasaporte, sin visa. Y tú eres un perfecto boricua, con el mismo acento. Nos hacen falta documentos que el Jeta nos conseguirá y tú te quedas cómo médico, con papeles en regla en el país. Imposible encontrarte. Más tarde traes a tu familia y yo me ocupo de que tus hijos vayan a la Universidad de New York y tu mujer obtenga la residencia. La Universidad es privada y tus hijos la tendrán por el simple hecho de estudiar allí.

Te ofrezco una nueva vida, a tu medida, con tan sólo asegurarme tu fidelidad y tus cuidados hasta el momento que pueda valerme por mí mismo. Si todo va bien en la operación y recuperación.

Jonay estaba a mi lado. Ya tenía preparado el bajo comercial. De momento con un par de camas y los equipos médicos necesarios. Era un buen médico y mejor persona.

Saldríamos del hospital de inmediato, la próxima mañana a primera hora con la justificación de bajarme al sótano para realizarme una resonancia. Una planta más abajo, en el aparcamiento, habría una furgoneta y varios

auxiliares preparados para encamarme y salir de allí. El Jeta sería uno de los auxiliares.

Era una pequeña tienda de muebles vacía en el extrarradio industrial. En la zona sur. Tenía un garaje, imprescindible, una sala para exposición y ventas y un despacho suficiente donde instaló Jonay dos camas y el indispensable equipo médico. Continuamos con el cartel "SE TRASPASA" y un falso teléfono. Los escaparates exteriores estaban encalados e impedían la visión del interior.

Jonay había tomado la decisión de la verdadera clandestinidad. Al huir del hospital se había delatado. La policía que nos vigilaba lo identificaría de inmediato. Con ello se separó de su familia por un periodo indeterminado, sin explicaciones.

Me sentía seguro en ese lugar. Pero mi cabeza entraba en bucle de nuevo. Preguntas sin respuesta. Mi correo, mi casa, mi nombre... Cómo había sido posible...

Me decidí por fin a contactar con Guêpe. Tenía sus datos en Madrid al haber compartido lecho y negocio.

Llamé, tras muchas dudas, a su empresa. Contestó el gerente, me dijo, con un fuerte acento alemán. Guêpe estaba de viaje de negocios. Podía dejar un recado. No lo hice. Había algo que me hizo desconfiar.

Al poco tiempo, unas horas después, recibí un email de la Guêpe a mi nuevo correo falso de Gmail -que nunca había usado- dirigido a su madre. En alemán.

Más o menos decía esto. Hola, mami. Estoy en Hamburgo por negocios. Sabes que trabajo en Madrid con mucha suerte. Gano dinero y tengo un novio muy guapo y trabajador, informático de carrera. He pasado a ver a la tía Nadia. Qué guapa es. Siempre tan fashion, con sus tatuajes y su sexy. Me llevó a una disco increíble y me lo

pasé muy bien con ella. Luego a su casa donde vive con una amiga rara ...

Conforme iba apareciendo la traducción en el translate, el corazón salía de su sitio. Las pulsaciones saltaban en el monitor que pitaba enloquecido. Hablaba de Tania. Hablaba de ella junto a Tania. Las dos juntas con una rara amiga que no podía ser otra que Kristen. Esa puta asesina. Ya fuera de la cárcel como previne.

Ahora quedaba todo claro. Delatado por Tania. Mi nombre. Mi falsa identidad. Mi domicilio. Sólo ella lo conocía. La Guêpe. Solo ella podía encontrarme. Este teléfono. Quemado. Identificado. Ubicado.

Joder... Joder... Joder...

Teníamos que salir de aquí de inmediato.

Esa noche dormimos en la furgó.

Me hundí en la desesperación y la rabia. Las hubiera matado a las dos. Deseaba su muerte.

Pero no. No. No iba a caer en la trampa de los pervertidos. El odio por el semejante. La venganza.

Adoraba a Tania.

No habrá para ti otros dioses delante de mí. No te harás escultura ni imagen alguna, ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto.

Tania era todo para mí. No importaba lo acaecido.

La adoraba arriba en los cielos. Abajo en la tierra. En las aguas debajo de la tierra.

El Supremo era un canalla rencoroso y vengativo con quien lo negase. Ordenó masacrar al pueblo de Israel que le volvió la espalda. El Único y su Propiedad, la humanidad

esclava. Su falsario profeta Moshé, mentiroso. Y su hermano, el Sumo Sacerdote Ladrón.

No. No iba a seguir el camino que marcaban esos corruptos. Me apartaba de ellos. Los negaba.

Fuera ese rencor. Fuera esa maldad. Fuera esa venganza que inspira El Supremo

Volvería con Tania con amor.

Segundo mandamiento.

No pronunciarás en vano el nombre del Señor, tu Dios, porque él no dejará sin castigo al que lo pronuncie en vano.

Me cago en Dios... Hostia puta... Ahora sin teléfonos, sin documentación, sin casa... Volver a empezar

Hasta han podido estar escuchándonos.

Con Jonay repasé todo lo que habíamos conversado. Los datos. Los cabos sueltos.

Convinimos que el Jeta estaba fuera de sospecha. Necesitábamos un juego de carnés, de nuevo dos Smart de prepago y alquilar otro bajo en traspaso de similares características que el anterior.

Tanto Tania como Guêpe conocían mis identidades falsas y de manera inmediata debería dejar a cero las tarjetas y conseguir cuentas nuevas. Las internacionales no me valían sin tener cuentas en España.

Poco a poco, día a día, todo volvió de nuevo a la normalidad.

El local en donde estábamos instalados era más pequeño que el anterior, un taller de automóviles con persiana a la calle. Y una trasera convertida en nuestra estancia. El inconveniente: había que subir y bajar la persiana para entrar y salir. Lo evitamos al máximo, cargando con toda la alimentación posible para meses, y limitando el trabajo de Jonay.

Él iba preparando el traslado a Nueva York en un avión medicalizado y la reserva en el New York Presbyterian Hospital.

Un papeleo creíble y bien documentado. Informe de la Guardia Civil del accidente de caza que me había provocado la lesión, del hospital, con resonancias, tac, diagnóstico... Todo debidamente traducido y acreditado.

La documentación puertorriqueña era lo que más iba a costar. Jonay había aportado su título de médico español y sus certificados de estudios. Simplemente, tenían que cambiar el nombre, cuando tuviéramos el nuevo.

